

Chateando con Maquiavelo

Jorge Casesmeiro

Napoleón, que leyó *El Príncipe* (Maquiavelo, 1513) pluma en mano, salpicó la obra de numerosas anotaciones personales. Acercarse hoy a este clásico del Renacimiento, siguiendo las observaciones del estadista francés, es una experiencia tan fascinante como divertida [1]. No sólo por lo que estas notas revelan sobre Napoleón, ni por la inteligente frescura de las mismas; sin duda, éstas componen un apresurado retablo de las inquietudes de Bonaparte, de su conciencia de genio, voluntad y amplia cultura; e igualmente contienen chascarrillos que destilan una sorprendente espontaneidad. Pero lo que aquí interesa de esta lectura comparada es esa impresión de conversación, de animada tertulia, de diálogo íntimo y fluido entre Bonaparte y el autor del texto que tenía entre sus manos. Diálogo que convierte la lectura de *El Príncipe* en un ágil y excelso «chateo» entre Napoleón y Maquiavelo, donde ambos departen como dos solistas en una sesión de jazz.

De esto emerge, sin ánimo de descubrir América, la siguiente hipótesis: si un libro puede transmitir sensaciones de velocidad, diversión y ligereza, acaso también en un «chat» podamos encontrar/cultivar ciertas formas de hondura reflexiva y de refinamiento cultural. De hecho, el sociólogo Alvin Toffler avanzaba hace treinta años: «A medida que nos vayamos familiarizando con el entorno inteligente [cibernético] y aprendamos a conversar con él desde el momento en que abandonemos la cuna, empezaremos a utilizar los ordenadores con una desenvoltura y una naturalidad que hoy nos resulta difícil de imaginar. Y nos ayudarán a todos –no sólo a unos pocos «supertecnócratas»– a pensar más profundamente en nosotros mismos y en el mundo» [2]. Es llamativa esta intuición de Toffler sobre el potencial filosófico y metacognitivo de una sociedad informatizada, pues choca contra lo que hoy en día constituye, precisamente, uno de los mayores riesgos *deformativos* de la revolución digital: el empobrecimiento interior, el estrechamiento de la conciencia y el desmantelamiento del espíritu crítico como consecuencia de nuestra permanente exposición a una verbena estimular interactiva.

Semejante peligro, abordado ya en esta sección como efecto de la transformación de nuestro sentido del espacio/tiempo [3], se incrementa exponencialmente según el desarrollo tecnológico que ofrece nuevas posibilidades de instantaneidad y multiplicidad; fórmulas del «aquí y ahora» que parecen disolverse en el instante de su propia concepción/satisfacción –desvinculadas de pasado y descomprometidas con el futuro–, al faltar en su diseño el carácter impreso de la duración. Por eso escribe Bauman que: «Esto va en contra de la esencia de todo lo que representaron el aprendizaje y la educación a lo largo de la mayor parte de su historia. Después de todo, el aprendizaje y la educación fueron creados a medida de un mundo que era duradero, esperaba continuar siendo duradero y apuntaba a hacerse aún más duradero de lo que había sido hasta entonces» [4].

Es indudable que la informática posibilita la adquisición de nuevas destrezas y expresiones de creatividad: «Se dice que el ordenador hace que el aprendizaje sea más operativo, que posibilita una mayor variedad sensorial y conceptual, que se reduzca la fatiga, que exista una aproximación a los procesos cognitivos y que facilita la abstracción» [5]. Pero también debemos recordar, con el Dr. Ortiz, el profundo desafío neuropedagógico que entraña el actual entorno sociotecnológico: «Llama la atención la vertiginosidad o rapidez en la estimulación diaria que sufren nuestros niños de hoy en día y, lo que es más grave, la falta de tiempo, de reposo, de análisis para procesar adecuadamente tanta información» [6].

Conviene que la Pedagogía supervise la vertiginosa digitalización de la sociedad –en particular de las familias y de la escuela– para añadir al trillado acróstico TIC (Tecnologías de la Información y de la Comunicación) la vocal que le falta cuando hablamos de su empleo didáctico en el ámbito escolar: TICE (Tecnologías de la Información y la Comunicación para la Educación). En esta línea, y siguiendo a Ortiz: «Reivindico la tranquilidad y el reposo frente al ruido y la multiplicidad de actividades, el tiempo de análisis de la información frente a la rapidez de las respuestas, el aprendizaje auditivo frente al visual, el conocimiento prescriptivo frente al descriptivo, la sabiduría frente a los conocimientos...». El desarrollo, en cualquier caso, de fórmulas que permitan una cierta conciliación entre estos opuestos será la bisagra que posibilite la implementación triunfante –que no meramente funcional o exitosa– de las nuevas tecnologías en el ámbito educativo. Enseñar a los estudiantes a chatear con Maquiavelo podría ser una de ellas.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] MAQUIAVELO, Nicolás: *El príncipe (comentado por Napoleón Bonaparte)*. Austral, Madrid 2005, p. 165-200.
- [2] TOFFLER, Alvin: *La tercera ola* (1980). Plaza&Janés, BCN, 1993, p. 226.
- [3] CASESMEIRO, Jorge: «Pedagogía para navegantes». Boletín 224, abril 2011, p. 29.
- [4] BAUMAN, Zygmunt: *Los retos de la educación en la modernidad líquida* (2005) Gedisa, BCN 2007, p. 36., p. 367.
- [5] BERNARDO CARRASCO, José: *Una didáctica para hoy. Cómo enseñar mejor*. Rialp, Madrid 2004, pp. 211-2. p. 367.
- [6] ORTIZ, Tomás: *Neurociencia y educación*. Alianza, Madrid 2009, pp. 256. p. 367.

Asesoría y Talleres: 91 447 14 00
(preguntar por D^a Adelia Díaz)



Buzón de sugerencias
asesoriapedagogica@cdlmadrid.org